

8 AGO 1959



Logrado Espectáculo en el Odeón: "Bertoldo a Corte"

UNA OBRA MAGNIFICA estrenó el Teatro Stabile della Città di Torino en su segunda presentación en el Odeón. Resultó entonces ampliamente justificado el suceso alcanzado por "Bertoldo a Corte", de Massimo Dursi —que de esta pieza y este autor se trata— cuando se dio a conocer durante la temporada italiana 1958/1959.

Dursi no es, como podría suponerse, un autor novel. Llegó al teatro ya hombre adulto, con ideas definidas, que tras algunos intentos ("La Giostra"; "I posterì"), se materializaron con este "Bertoldo a Corte", reelaboración de un personaje popular llevado al crisol de concepciones filosóficas modernas y de vigencia muy actual.

Bertoldo es la encarnación de la sabiduría del pueblo, la del hombre iletrado pero fogueado en la dialéctica de la plaza o el mercado. Su conocimiento del mundo y de las gentes proviene tanto de su vitalidad intrínseca como de su espontánea capacidad de meditación. Bertoldo es tan esencial que por eso mismo se ha transformado en una leyenda así como ya lo son también sus pares de la "Commedia dell'arte" (los Arlequines, Pantalones y Brighellas) y como el Sancho Panza cervantino o el Crispin remodelado por Benavente. Pero sin despojarlo de su simple alegría de vivir, de existir como hombre entre los hombres, Dursi ha querido hacer de él también un símbolo.

Y si ya Giulio Césare Croce, en el siglo XVI, había tomado su figura recogiendo de los relatos para darle un contorno físico y anímico, aquí Dursi se vale de él para dejar sentada una lección ética, una consecuencia trascendente. De espectador-comentarista, de mero entretenimiento bullanguero, Bertoldo asciende al rango de síntesis ideológica. El personaje de Dursi no ha vivido en vano los cuatrocientos años que lo separan del de Croce. El mundo, su mundo de la plaza y el mercado, de la corte y los funcionarios reales, nuestro mundo, está necesitado de un ideal supremo: la libertad. La libertad, que es también un desafío a las groseras formas de la tentación complaciente: la entrega del espíritu, el acatamiento a la tiranía entronizada, el silencio ante la injusticia, la genuflexión como política de sobreviviente. Por eso es que Bertoldo se transforma en ingenioso vengador de los atropellos del poder, sin pactar, sin condicionar nada, porque ello sería perderse para siempre. El Bertoldo de Dursi prefiere morir de hambre antes que hincarse ("Un hombre no se inclina ante otro hombre") y decide "morir para vivir" para conservar su dignidad incólume.

Dursi injertó sabiamente en el estilo de la "Commedia dell'arte" un concepto brechtiano en la distribución de máscaras como atributo

social y una posición filosófica y mental totalmente contemporáneas. Su obra es todo un ejemplo de dominio formal y de utilización del teatro como una aspiración estética y pedagógica a la vez.

* * *

El elenco turinés, dirigido ahora por Gianfranco de Bosio, supo revelar cabalmente los matices ocultos y aparentes de la obra de Dursi. El "metteur en scene" logró conjugar armonía y disciplina, atributos remarcables del conjunto visitante. Todos y cada uno transmiten un celo profesional envidiable. El Teatro de Turín no deslumbra, no exalta, no reclama el aplauso apasionado o el grito dirámbico, pero deja una edificante sensación de teatro realizado sin improvisaciones —con el que se podrá estar o no de acuerdo en algunas oportunidades— pero que es teatro en el puro y sencillo sentido de la palabra. Al servicio de la obra estuvieron honorable y humildemente las intérpretes, sin que se advirtieran disonantes intentos de lucimiento personal. Queda hecho el elogio al director, acertadísimo además en el enfoque general de "Bertoldo a Corte".

Con haber correspondido a todos por igual una excelente labor —en esta pieza que no tiene personajes por completo excluyentes— destacaremos algunos nombres. Como los de Edda Albertini, en una dama de corte; de Paola Borboni, que encarnó a la Reina con gran autoridad; de Franca Tamantini, que agrega a su llamativa belleza magnificas condiciones; de Carla Parmeggiano, que renovó la buena impresión que causó cuando el estreno de "La Giustizia"; de Gianni Mantesi, un desenvuelto Bertoldo; de Giulio Oppi, en el ridículo Rey; de Renzo Giovampietro, en un cabal doctor Graziano; de Pietro Butarelli y Gastone Bartolucci, en dos impecables "tappezzati"; de Franco Parenti, que se lució con el irrisorio capitán Spaventa; y de Alessandro Espósito, admirable en la angustiante escena final. Los demás —Ginna Sammarco, Ana Maria Cini, Ivana Erbetta, Franco Pasatore y Ernesto Cortese— supieron estar a la altura de las circunstancias. El escenógrafo Luciano Damiani subrayó con su trabajo las características populares del espectáculo, solucionando con agudeza los problemas que la obra plantea. Encantadora y apropiada la música compuesta por Sergio Liberovici.

Kive Staff